

DUELO

**FALLECIMIENTO DEL
DR. EMILIO J. HARDOY**

Palabras pronunciadas por el académico Presidente Dr. Jorge A. Aja Espil, en nombre de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, en las exequias del Dr. Emilio J. Hardoy, en el cementerio de la Recoleta, el 22 de julio de 1992

En representación de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, vengo a expresar la congoja que nos causa el fallecimiento de un académico ilustre y de un amigo querido, como lo fue el Dr. Emilio Hardoy.

Muy hondas calaban en el espíritu de Hardoy las raíces de su afición por la dinámica política. “Hace sesenta años que estoy inmerso en la política”, confesaba en su discurso de incorporación a la Academia, el 24 de junio de 1987, y que titulara la “Grandeza y miseria de la política criolla”. Sus reflexiones sobre los aciertos y errores de la “clase política” argentina traducen su amplia versación histórica, enriquecida por su propia condición de protagonista del drama político vivido por el país durante esos años de desencuentros.

Como pertenecía a la generación del progreso, no se espantaba de ningún cambio traído por la realidad; las que le alarmaban eran todas las quimeras, todas las demagogias que, mezclándose con impulsos generosos, sólo acarrearaban destrucción. Aún resuena en el ámbito de nuestro salón académico su magnífica oración sobre el “Alma de la Constitución”. Su profesión de fe en nuestra Carta Magna alcanza vuelo inusitado, casi místico, cuando nos dice: “Hay que amarla sin límite, ahora y después, en la vida y en la muerte, aquí y allí, allí donde no existe la separación entre ellas”.

Nuestra Academia constituyó su templo, su sereno refugio intelectual desde donde siguió siendo el luminoso con-

sejero que escudriña el devenir del ser argentino. No en vano ocupó el sillón que lleva el nombre de un inmortal, el de Juan Bautista Alberdi y, como éste, se deleitó con las bellas letras, siendo un profundo conocedor de la literatura francesa.

Su agobio físico, acentuado en los últimos meses, no logró limitar la gracia de su conversación, con voz cada vez más queda pero sin mengua de su mente y su espíritu.

La cultura política, en la más amplia acepción del vocablo, pierde a uno de sus más fervorosos artífices; la patria, a un ciudadano de las más altas virtudes; la Academia, a una fuente de inspiración.

Su recuerdo ha de perdurar en todos aquellos que le conocimos y estimamos, y especialmente en la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, en cuyo nombre y en el mío propio, piadosamente despido sus restos mortales.